

cre o genial) sino que el juicio resultante ante ésta responda a la objetividad y honradez de un análisis crítico que ponga de presente tanto logros como carencias, aspectos que en última instancia son los que definen la calidad de la misma. Pero otra cosa es la que piensan aquellos para los que una crítica es "constructiva" cuando el crítico dice que es buena, y "destructiva" si afirma lo contrario. Este modo de ver las cosas responde a una sofística rabulesca muy a la colombiana por medio de la cual se pretende suplantar el oficio del crítico por el del áulico, el adulador, de acuerdo con un patrón establecido, que no es otro que el del "mutuo elogio" (léase crítica "constructiva"), pues en el caso contrario, y con la misma falta de objetividad y de honradez intelectual, es válido ensañarse en la obra de alguien y afirmar que es mala o mediocre simplemente, sin que tales juicios correspondan a un análisis objetivo e imparcial (crítica "negativa"). Sería, entonces, muy importante que se tuviera en cuenta de una vez por todas que no pueden existir dos críticas; que la crítica es siempre una, la cual, cuando es objetiva e imparcial, es al mismo tiempo constructiva, puesto que contribuye a esclarecer el verdadero valor de una obra. En el caso contrario, o sea una crítica tendenciosa y amañada, sería, con toda seguridad, negativa. La diversidad de los temas y el enfoque que tiene Espinosa sobre los mismos no permite extenderse en un análisis total de *La elipse de la codorniz*. Valga, entonces, para finalizar, referirse a otro de sus ensayos, *Faulkner el relativizador*, en el que se evidencia que Espinosa quiere poner de presente que la novelística de este escritor norteamericano, así como sus cuentos, escapan a aquella tendencia burda y simplificadora que busca situar a los personajes y su acontecer en los polos extremos de lo bueno y lo malo, que pretende ignorar que en la vida se dan matices muy variados entre ambas condiciones, y de ello se infiere que la riqueza de los significados sea el resultado de la verisimilitud de sus personajes, que no son propia-

mente ángeles. Pero en este ensayo Espinosa cae en los terrenos de la imprecisión, de lo oscuro, cuando trae a cuento lo del *gran guiñol* aplicado a la narrativa de Faulkner, sólo por lo retorcido y siempre desconcertante que resulta su universo o, mejor, el estilo de éste, que en nada se asemeja a dicho género del teatro de la comedia que emplea la farsa como elemento central. Más adelante insiste en el carácter de *gran guiñol* que atribuye esta vez no sólo a Faulkner sino también a autores de novelas policíacas como S. S. Van Dine, Agatha Christie y Georges Simenon. ¿Qué tiene que ver el gran guiñol con el género policíaco? Confunde Espinosa la movilidad de las situaciones que exhibe la farsa con lo intrincado de la trama policíaca. Dice, al referirse a la predilección que tenía William Faulkner por las novelas de Simenon: "La pregunta es, desde luego: ¿Se explica un Faulkner policial? Pienso que sí, si se piensa que el Gran Guiñol es justamente la reafirmación incesante de la relatividad (¿?) del conocimiento". Esta afirmación, además de oscura, es desconcertante. El Gran guiñol, y su derivación según Espinosa, el género policíaco, ¿constituyen en realidad "la reafirmación incesante de la relatividad del conocimiento"? O se trata simplemente de una frase salvadora para "relativizar" no sólo la novelística de Faulkner sino también el conocimiento mismo.



Agudeza en alguno de sus puntos de vista, agilidad estilística pese a su posición satelital ante su maestro Borges y una erudición que no pasa en ocasiones de lo puramente enu-

merativo, caracterizan este nuevo libro de Germán Espinosa con todos sus aciertos e inconsistencias. Una inteligencia lúcida y una cultura sólida que le han valido un renombre dentro de un círculo muy amplio de sus admiradores, que no dudan en ver en el estilo solemne y engolado de sus libros el mejor de sus logros. Valga decir que de escritores de talla mayor, como Anatole France, se decía lo mismo.

ELKIN GÓMEZ

Una declaración del más profundo amor

Evocación de Azorín

Jaime Mejía Duque

Fondo Editorial Universidad Eafit, colección Antorcha y Daga, Medellín, 2001, 237 págs.

El fondo editorial de la Eafit presenta esta vez un extenso ensayo sobre la obra de Azorín. Mejía Duque, gran admirador de la obra de este español, se adentra con minucia intentando transmitir al lector el entusiasmo y fervor que él siente por ésta.

Se le ve gran admirador, conocedor a fondo y lector devoto de Azorín desde el bachillerato y a lo largo de su vida Mejía analiza con esmero, se pregunta acerca del comportamiento del autor, de aquellas minucias que lo pudieron afectar, desglosa, relee, disfruta plenamente deteniéndose en frases que en principio pudo pasar por alto, escudriña en las sensaciones, en las críticas que se le hicieron, en los avatares políticos, etc. Este ensayo es, pues, una declaración del más profundo amor, dirigido a contagiar al no iniciado o a estimular a aquellos que profesan un afecto similar. Tal vez, para aquel que no profesa un sentimiento de las mismas proporciones, resulta un tanto lejano y se le siente tan conocedor que el lector se puede sentir del otro lado del ruedo.

Mejía Duque se pregunta en un principio:

A finales, digamos del siglo XXI, ¿qué se pensará de Azorín (1873-1967), el escritor considerado en su tiempo figura única dentro de la llamada Generación de 1898, grupo sui géneris en la tradición hispánica y, dentro de ésta, él mismo incalificable, o sólo calificable como el prosista lírico más austero y lacónico que hasta entonces hubiese conocido España? [...]

¿Habrá dentro de un siglo quién busque y lea, acaso con disfrute real, sus livianas, sofrenadas, benedictinas páginas, transidas de fatalismo y de melancolía? ¿Aún tendrá sentido para alguien esa prosa a medias moderna y a medias arcaizante?

Y el lector, tras adentrarse en el ensayo, se pregunta qué tanto —en este inicio del siglo XXI, frenético, variable y bombardeado por los medios masivos, cercado por la red del ciberespacio y donde se publican multitud de libros por hora, en un mundo globalizado, aterrado por el horror de las guerras cada vez más feroces y frecuentes, donde los pobres son cada vez más miserablemente pobres y en éste, un país que se hunde entre la incapacidad, la corrupción y la falta de alma de sus hijos podridos y alimentados por la violencia— qué tanto se lee a Azorín o qué tanto se lee un ensayo sobre su obra, en el que se dedica un capítulo entero a una frase de un escrito. Hay de todo y para todos en esta viña del señor. Afirma, entonces, Mejía:

No sólo en la voluntad de su autor, sino ante todo desde la naturaleza de sus páginas, este libro nació destinado a lectores capaces de alejarse, mientras leen, del tiempo de la competencia y los tráfigos externos, del que miden los relojes, para suspenderse en aquella intemporalidad que a mi juicio subyace a la actitud azoriniana cual inextenso hontanar del estilo. Y en cuanto se

refiere a la naturaleza de nuestro ensayo, hay que fijarla en dos aspectos; el primero, su tema mismo (una Obra cuya presencia, aunque constante, es tan discreta que para los presurosos se confunde con lo olvidado); y en segundo término, el modo como aquí abordamos el objeto (una contemplación “empática”, inmanente y parsimoniosa). Sabemos que dichos lectores están ahí, dispersos en el espacio y en el tiempo...



El tono y la estructura semejan un diálogo, una charla informal. De un tema se pasa a otro sin aparente conclusión, una frase se analiza de forma cuidadosa, se insertan comentarios acerca de la vida, de las pasiones del escritor, el reflejo de éstas en sus escritos. El lector siente que pasa el tiempo ante la cátedra de un erudito en el tema en un salón de clase o en una sobremesa, donde nadie opina, únicamente se acomoda para escuchar y no hay interrogantes fuera de los planteados por el ponente; entonces las preguntas se plantean como respuestas y las incógnitas tienen la solución de antemano. No hay sorpresas, no hay errores, no existen dudas:

Para no pocos hoy, en España y en América, Azorín es anacrónico. Para otros intemporal. Para nosotros medularmente histórico. El propio Azorín tuvo su criterio acerca de lo moderno. Para él, lo moderno parecía ser lo francés de finales del siglo XIX y principios del XX. Su nacionalismo crítico, no menos que su europeísmo bien

documentado, determinaban el que así fuera su caso.

Es que él había nacido en 1873, en una España detenida y, como los compañeros suyos del 98, abrió los ojos en el turbión de la crisis que se precipitó en su patria al declinar el siglo [...]

Quietud. Silencio. Intemporalidad, pero cualificada por una táctica reevaluación del pasado que no implica, sin embargo, enajenarse en él [...]

La acción ya no interesa, no concita. La pluma azoriniana va deslizándose sobre aquel estancamiento, cuidadosa de no rayar la superficie en ningún punto. De no estropear su pátina...

Se adentra en textos de autores diversos y del mismo, para mostrar a través de diferentes ejemplos los aciertos, la pureza del idioma, el quehacer filosófico, la capacidad de análisis, pero se advierte al lector de las posibles trampas que tiende el español:

La prosa de Azorín es, de suyo, uno de esos relieves, o pliegues, que destacan con fisonomía geológica en la rumorosa llanura del idioma. Es un estilo [...]

La expresividad, esta nueva determinación del objeto estilo, en la conceptualización azoriniana, viene a ser en realidad lo más palpable, la síntesis sensible, el último resultado de un lenguaje expresivo y autónomo. Opinamos de un lenguaje artístico que es expresivo cuando posee una plasticidad y una originalidad suficientes como para dejarnos viva la impresión de que dice lo suyo de una manera que lo hace incomparable con ningún otro lenguaje...

El tratamiento y sentir sobre el tiempo, la extrañeza sobre una patria que desconoce a veces las discusiones literarias, el tratamiento del lenguaje, el análisis de sus obras de teatro, en fin, en este ensayo parece que se hace justicia a Azorín desde el más puro de los amores, cándido y sin resquemores, quejas, ni reclamos. Es

la narración que hace un amigo de otro que ya murió a la luz de la ausencia. Al final, da la impresión de que, a pesar de las casi 240 páginas, a Mejía Duque le quedó haciendo falta más espacio y seguramente todavía se despierta añadiendo, corrigiendo y anotando sobre la obra de Azorín.

JIMENA MONTAÑA
CUELLAR

Un colombiano singular

**Mauricio Obregón:
navegante de mar y cielo**

Yolanda Reyes

Colciencias, Panamericana Editorial,
Bogotá, 2000, 75 págs.

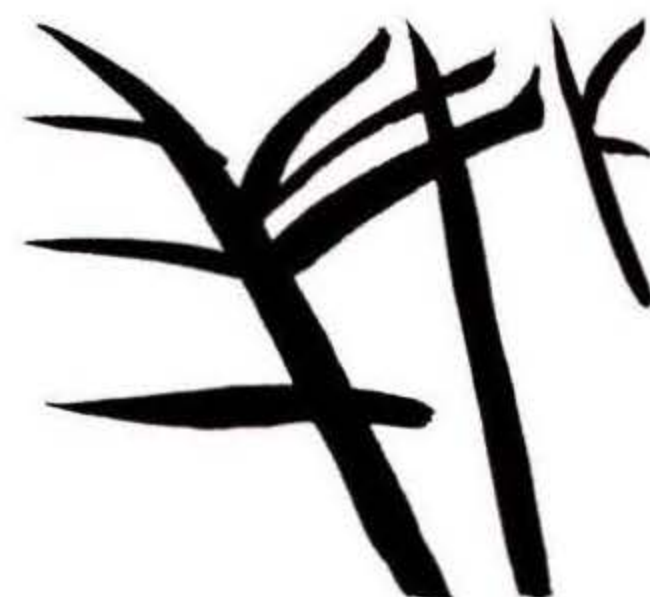
Hace cerca de dos años quien escribe esta nota fue nombrado jurado de un premio anual que otorga la Cámara Colombiana del Libro durante el marco de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. Tras revisar, con los otros dos miembros del jurado, Roberto Burgos Cantor y Helena Iriarte, las distintas publicaciones que nos fueron entregadas, dentro de las que había no pocos libros y ediciones meritorias, escogimos darle el premio, por lo demás apenas simbólico, por cuanto la suma que la Cámara destina para este galardón es irrisoria, no a un libro en particular sino a una bella colección que está dirigida a un público juvenil y que se edita por iniciativa de Colciencias en asocio con Editorial Panamericana. Se trata de una serie de biografías de quienes conforman nuestra si bien poco nutrida galería de hombres de ciencia, no por ello menos importante. En estas ediciones se ha escatimado poco: pasta dura, profusión de imágenes en color, bello papel finlandés esmaltado y, por lo general, textos de reconocidos escritores. Dentro de las biografías publicadas en esta co-

lección cabe destacar la de Federico Lleras Acosta, la de Lino de Pombo, la del sabio Mutis, la del astrónomo Garavito. Aunque en esta nota se trata de comentar específicamente la biografía de Yolanda Reyes *Mauricio Obregón, navegante de mar y cielo*, he considerado importante hacer este preámbulo, ya que, como en la ocasión en la que fui jurado, pienso que debe hablarse siempre de esta colección como un todo. Es más: esta iniciativa debería ser apoyada y promovida por algún organismo del Estado para que estas biografías no sean solamente de hombres de ciencia, sino también de nuestras más representativas figuras en las artes, para que tengan conocimiento de ellas los jóvenes. ¿Por qué no existe, por ejemplo, una serie similar en la que se ilustre sobre la vida y la importancia de la obra de José María Espinosa o de Epifanio Garay o de Andrés de Santa María, en el ámbito de la pintura? ¿Dónde están las biografías de Luis A. Calvo, de José Barros, o de Crecencio Salcedo, para hablar de nuestros cultores de la música popular? Y aunque existen serios estudios académicos sobre algunos de nuestros escritores dirigidos a especialistas, no encontramos el texto ameno y liviano, de carácter biográfico, dirigido a los neófitos y que pueda entusiasmarlos a la lectura de las obras.



Esta biografía de Mauricio Obregón nos cuenta en setenta y cinco páginas lo que fue su *periplo*; y está dividida en seis capítulos: "Punto cero", a manera de introducción,

"Los orígenes de la travesía", "Alas para no quedarse en tierra", "Historias desde el mar del aire", "El Nuevo Mundo" y "Navegar es necesario".



Como en toda biografía, se nos cuenta la historia desde los inicios, o sea las temporadas de la familia Obregón en Barranquilla y en Barcelona, su vínculo con los dos países, Colombia y España, su relación con el mar y con los viajes desde que fuera niño. Después, tras la muerte de su padre, la díscola estadia con sus primos Rafael y Alejandro (el gran pintor) en el internado de Stonyhurst, y vemos cómo comienzan a perfilarse sus caracteres de hombres libres. Viene posteriormente toda la etapa de sus estudios en los Estados Unidos, donde consigue el título de ingeniero aeronáutico, y su regreso a Colombia, en donde decide vender las acciones de la compañía textilera familiar para fundar su propia línea aérea, Lansa, de gran importancia en la historia de la navegación aérea en nuestro país. Pero hasta ahí no llega todo; él podría haberse quedado amasando una fortuna, como es lo habitual, y ser un gran hombre de empresa. Y efectivamente fue un hombre de empresas, de alocadas empresas que consistieron en recorrer los mares y los cielos del mundo rehaciendo las rutas de los más famosos viajeros: desde Odiseo y Jasón (apoyado en los textos literarios), pasando por Cristóbal Colón, Magallanes y Pigaffeta, hasta llegar a un viaje que si bien no realizó, si siguió paso a paso con mayor intensidad que cualquier otro, no sólo por su pasión de viajero, sino por su vasto conocimiento